



EL CAPITOLIO

PASEANDO

COMO el de San Pedro en Roma, el domo de esta gran catedral laica de la Libertad humana, se ve de todas partes. Confesémoslo de buen grado: el *Capitolio* de Washington es el centro de la transformación republicana del mundo cristiano. La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia), del gobierno libre, democrático y federal, formulada en preceptos en la Constitución, ha sido, en este laboratorio político y judicial, reducida á la práctica. Y á pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neo-clásico, ha disminuído á la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el Continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abrumba, y me impacienta, y me irrita á veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo fué el ogro de

nuestra historia, como los niños á los hércules de circo. Pertenecemos á un pueblo debil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos á Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina sagrada del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio: ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho; la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni podía ser la mía, como se ve, una emoción estética; era otra, del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo que ahí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se iban desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que perpetró la guerra con México y la anexión de territorios que no eran Texas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera é implacable política de egoísmo nacional que con el título de «protección á la industria,» no sólo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que después de nacida y crecida, la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando el amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas, y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras: electricidades

contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los Continentes. Se ve bien, por contraste, esa base obscura de la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación á las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil, para hacerla definitiva, y exponiendo á la Unión á disolverse, para hacer triunfar la libertad humana; y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por la Suprema Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, esa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina?

*

Subimos de nuevo en la mañana la escalinata en que termina, por el lado de la Avenida de Pensilvania, el parque del Capitolio; llegamos á la meseta de la colina en cuyo centro descansa el edificio rodeado de una balaustrada monumental coronada por severísimos vasos de bronce, dimos vuelta al pabellón del N. y, fatigados, aunque sin sentirlo todavía, nos colocamos frente á la entrada que ve al sol naciente. La verdad es que era aquel un sol de fuego que nos cocía con la misma voluptuosidad con que calentaba el solemne domo de metal blanco que se levantaba á nuestra vista, inmenso, esbelto y correcto como un dibujo académico grabado sobre la placa de acero del cielo. Tomamos distancia para ver bien el cuerpo central, cuya insignificancia, determinada por la abrumadora curva peraltada del domo, ha quedado más acentuada gracias al pronunciado saliente de los dos pabellones laterales que el primitivo arquitecto no previó y que han rebajado en perspectiva la altura de la curva, aumentando las dimensiones latitudinales de la base. Nos colocamos cerca de la estatua heroica de Washington, sentado en su curul romana, el medio cuer-

po desnudo y castamente envuelto en paños esculturales el otro medio; nada diré de lo que me pareció esta estatua que á un viajero, para mí caro entre todos, gustó por todo extremo. Desde ahí se ve bien el domo insistente en amplísima base poligonal, que surge, desnuda y fría, sobre los áticos centrales; encima de ella un enorme anillo toral y sobre él un magnífico tambor columnado, forman el primer piso; más arriba otro tambor de altura y diámetro menores y, descansando en un gran cinto adornado de modillones invertidos de gracioso efecto, la curva terminal del domo ovoide, aligerado por los ojos de cristal de las claraboyas y rematado por la linterna, columnada también, alta y airosa, que sirve de pedestal elegantísimo á la estatua de la libertad, según creo, la diosa que aquí tiene los mejores altares. Tal es el monumento. Poniendo las manos de modo que, ocultando los palacios laterales, pudiese *afocar* bien el cuerpo central, obtuve la clara y pura visión del edificio tal como fué concebido y que hoy ha perdido la unidad que el domo resumía antaño.

Subimos por esta escalinata superior muy bien lanzada desde el nivel del piso del pórtico hasta el de la meseta; su altura permite al piso inferior ceñirse de majestuosas arcadas; el domo disminuía á nuestra vista; cuando desapareció por encima del vértice del frontón, llegábamos ya á las columnas del vestíbulo; los batientes de las puertas, imitación de las clásicas del *Bautisterio* de Florencia, son de bronce esculpido en magníficos relieves que representan los grandes episodios del Descubrimiento. Entramos; en la rotonda, rodeada de columnas de mármol, admiramos la cúpula del domo, sostenida por columnas de mármol y que atrae la vista, desde el fondo de la linternilla, á más de noventa metros de altura.

Yo adoro las cúpulas y los domos; desde la del Panteón de Agripa (de Hadriano en realidad) incrustada en su cubo de piedra, y la de Santa María de las Flores, que copia la del Panteón, pero erigida en el aire, en forma de domo, por Brunnellesco, y el de San Pedro (ambos vistos por mí en sueños), hasta el de Santa Teresa que se eleva gris y puro en el cielo, frente á la

ventana de mi clase en la Preparatoria, todo mi horizonte interior, toda la decoración imaginaria de mis ensueños, florece en domos de todas las curvas y de todos los colores. Este del Capitolio (no había visto otro mayor) me agobió y me apasionó.

El primitivo edificio, á los lados de esta rotonda soberbia, decorada con estatuas y frescos que representan, de cualquier modo, escenas salientes de la historia americana, tenía otros dos departamentos destinados á las Cámaras del poder legislativo; hoy uno de ellos es una especie de biblioteca de estatuas y bustos mandados por los Estados, ridículos y feos algunos de ellos; y el otro, el situado á nuestra mano derecha, es el salón de la Suprema Corte Federal. No vale nada: un hemicycleo mezquino decorado con los bustos en mármol de los Presidentes del Tribunal, ya muertos, atestado de pupitres en el centro y con un corto lugar para el público, frente á la línea en que están espaciados los siales de los jueces supremos de la Unión; ese es el local del famoso areópago americano, que ha llegado á tener un prestigio augusto y á fundar una jurisprudencia constitucional, gracias á la *Inamovilidad*, que esta enorme y extensa democracia ha sabido respetar con el sentido práctico que la caracteriza, y que nosotros, que nos contentamos con una democracia verbal y de aparato, rechazamos á son de trompeta, en nombre de un decálogo jacobino que está ya mandado recoger.

Visitamos el Senado, primero, y la Cámara de Diputados luego, iguales de aspecto aunque de diferentes proporciones: grandes graderías de ascensión suavísima en los hemicycleos; poco lujo, no hay tribuna; cada quien habla desde su asiento. Las galerías relativamente pequeñas; las oficinas dependientes de las Cámaras y de la Corte muy vastas y algunas suntuosamente decoradas. Vimos el salón en que el Presidente de los Estados Unidos se instala, en los últimos días de sesión, para firmar las últimas disposiciones que la gran maquinaria legislativa, muy semejante á las que se emplean en la fabricación de papel, despide por resmas en sus postrimerías. Las actas de las Cámaras están

escritas en tiras sin fin, arrolladas en formidable cilindro; nada de esto vimos funcionar porque Cámaras y Tribunales estaban en vacaciones.

Y seguimos subiendo, bajando, cruzando por naves, á veces decoradas al oleo, con gusto exquisito, aunque sin originalidad alguna, y cansándonos de lo lindo. Por ahí, muy á la vista, entre dos monumentales escaleras, nos encontramos con un gran cuadro que representa la toma de Chapultepec. El cuadro es de una fantasía risible; aquel es un Chapultepec de teatro infantil, y á más de mentiroso, es malo, pero malísimo; por reverencia al arte debían mandar el lienzo á las bodegas. A nosotros no nos pesaría una representación verídica del combate de Chapultepec; él sólo nos venga de todas las afrentas de la invasión americana; en esa pirámide de miserias, de vergüenzas, de sangre y de cadáveres, de derrotas nuestras y de triunfos americanos que se llama 1847, forma el vértice fulgurante, el grupo de niños sublimes del Colegio Militar que vengaron á su patria en la historia con sólo morir por ella. ¡Sean benditos de generación en generación!

Bajamos por la parte posterior de aquel edificio que los fundadores de la Unión Americana quisieron que fuese algo como el centro, como el ombligo del mundo nuevo, que diría Esquilo; el centro eterno, del cual irradian las interminables avenidas de una ciudad trazada para tres millones de habitantes y que sólo contiene la duodécima parte en la actualidad. Muertos de cansancio, caímos famélicos sobre unos deliciosos platos de ostras fritas y de cucarachas idem (éstas en minoría, tres ó cuatro por cabeza), en una taberna colocada en un ángulo que, por la avenida de Pensilvania, confina con la plaza capitolina.

Después visitamos, en wagones abiertos, la parte nordeste de Washington, por el lado del Anacostia, pequeño río que se une al Potomac; en ese lado hay más matorrales que casas; en seguida nos desplomamos en nuestras bañaderas tibias como pantuflas de odaliscas. ¡Ah! qué bueno; luego el barbero, el frac, y á la Legación. Sólo el señor Romero no se cansa en Washington.

*

Por ser domingo nos privamos de ascender cómodamente por el interior del altísimo obelisco de mármol blanco de Maryland, cuyo piramidiódomina uno de los extremos de la ciudad, y desde donde se descubre ésta en panorama espléndido. Nos dirigimos, en uno de los excelentes carruajes de Miguel Covarrubias, hacia las afueras de Washington; estábamos muy contentos, llevábamos por viático tres cosas que rara vez se reúnen: un buen amigo, un buen sol y un buen frío. Sin tropiezo alguno é insensiblemente, llegamos á una loma en que existe una especie de cuartel de inválidos, un abrigo para los veteranos no utilizables en el servicio, el *soldiers home*, fundado, desde el tiempo de la guerra de México, con dinero recogido á los soldados del ejército triunfador en 47 á moción del honrado general Scott. ¡Un cuartel de inválidos! Sí, pero de la edad de oro: la casa, *el home*, es una encantadora finca para abrigo de una familia de pastores; ahí hay vacas, becerillos, leche, flores, enredaderas, y cañones y balas rodeados, desarmados, digámoslo así, por todo esto. Si las bombas partieran, llevarían guías de parietarias en vez de espoletas, y derramarían crema en vez de muerte; niños rosados, blondos, como hijos de Fausto y Gretchen, cabalgan sobre los pacíficos cañones y se divierten en regar las impasibles pirámides de proyectiles. En torno, todo es tranquilidad arcadiana, todo es vida en los bosques, en las fuentes, en los *chalets* pintorescos de aquel repuesto parque. En un recodo de sus sombrías avenidas de púrpura y oro, porque el verde apenas aparece en esta vegetación otoñal, bajamos del carruaje para ver, entre dos ramas de árboles, en las lejanías profundas de aquel cielo de cristal, la masa del Capitolio, admirablemente diseñada, como si fuera vista por un anteojo invertido.

Antes de las once del día, después de pasar el Potomac salpicado de vaporcillos aligeros y de inmóviles barcas (un río con su mansa y apacible cara de los domingos), nos internamos en el Estado de Virginia y subimos á la cima de unas colinas que

dominan un gran fragmento del Valle del Potomac y el Distrito de Columbia en que está edificada y trazada la Capital de la República: estábamos en el cementerio de Arlington. Once ó doce mil combatientes de la guerra de secesión descansan allí en el supremo apaciguamiento de la muerte; allí los adversarios yacen codo con codo, en filas densas, como en la hora del combate; más la bandera de la reina implacable es allí una bandera blanca. Y por eso aquel parque repuesto, los pinos vibrantes y escuetos que en apretados batallones trepan por las pendientes, las selvas sembradas de flores, una que otra tumba monumental como la del simpático y bonachón general Sheridan (una estela fúnebre, una medalla de bronce clavada en ella, una palma, un nombre), las estrofas de un poema de triunfo y de muerte grabadas en tablas de fierro distribuídas por las grandes avenidas del cementerio, todo esto produce una emoción grave de entusiasmo, de tristeza y de respeto: el sentimiento religioso está compuesto de estos elementos.

Otra cosa me impresionó mucho, me impresionó más: aquel cementerio era una granja del general confederado Lee. La confiscación fué llevada á cabo durante la guerra, y para impedir una reivindicación posible en lo futuro, se cubrió la tierra de tumbas, se consagró á la muerte, y ya no podía ser devuelta sin sacrilegio. La respetable sobrina de este rebelde que creyó cumplir con un deber supremo, no defendiendo la esclavitud, sino los derechos de los Estados y prefiriendo romper el pacto federal á interpretarlo como los del Norte lo hacían, ha reclamado en vano; la casa de Lee, á quien ella ha comparado valientemente con Washington, en un elocuentísimo panegírico, es la casa de la muerte; la muerte no devuelve su presa.

Cosa singular; todos estos vencedores nuestros, todos estos violadores soberbios de nuestro derecho y de nuestro territorio, han sido después vencidos en su propio suelo. Lee, que fué en la guerra de 47, despiadado vencedor, el alma de la organización técnica del ejército americano, aunque simple teniente; Jefferson Davis, el presidente de los confederados, que capitaneó en

México á los voluntarios de Virginia, si no recuerdo mal, expiaron luego sus culpas (expiaron ¿por qué no? aunque soldados tenían conciencia plena de la iniquidad que cometían), como Bazaine, Douay, Marguerite y mil otros, supieron en su propia tierra á lo que sabía la derrota sin día siguiente y la humillación sin venganza. Me odiaba á mí mismo por ser capaz de hacer estas reflexiones en la antigua casa del general Lee, del hombre cuyo triunfo habría prolongado indefinidamente la guerra en México, quizás, pero cuya inmensa desventura nos conmueve y nos obliga á enmudecer respetuosos, como la de todos los hombres que han sabido sacrificarse por un deber.

Desde la galería exterior de esta sencilla mansión de campesino, el panorama es admirable; se ve correr sinuoso y bañado de sol al Potomac hacia el mar, reunirse con el Anacostia y huir de la metrópoli, que capitonada de vegetación y de finísima niebla parece dormir al pie del Capitolio.

Bajamos lentamente del «vivac de la muerte» como llama un poeta á aquel dulce cementerio, y fuímos á tomar el *lunch* á la casa de Covarrubias en la *Avenida Connecticut*. Quien conozca á la Sra. de Covarrubias, delicadísima flor de Francia injertada en un tallo americano, podrá imaginar las exquisitas horas que en su elegante casa pasamos; de ella, de sus amables niños, de los Sres. Romero que allí estaban y de Miguel, nos despedimos tristes y partimos rumbo á Baltimore.